

La obstinación de Féli¹

El recuerdo del hermano que se aleja cada vez más de la Iglesia es una espina que JUAN MARIA llevará clavada en el alma hasta la muerte.

Directamente no puede hacer nada por él. Féli ha levantado entre los dos un muro de frialdad y de resentimiento: *“No se reanuda lo que tan violentamente se ha roto -ha dicho al Administrador de La Chesnaie- y el mayor favor que puede hacerme es el de no pronunciar más el nombre de Juan”*.



En marzo de 1840 nuestro Fundador se traslada a París, llamado por el Ministro de la Marina. Decide ir a ver a su hermano: cincuenta peldaños de una escalera oscura y miserable, llama a la puerta, dice su nombre, pero Féli no lo quiere recibir. Antes de abandonar la capital hace llegar a su hermano estas líneas:

Querido Féli:

Dejo París con el gran dolor de no haberte podido ver. Sin embargo, no tenías que temer que hubiera dicho una sola palabra capaz de molestarte. Puedes estar seguro de que nada en el mundo podrá alterar la amistad que te profeso. Pase lo que pase, seré siempre tu amigo más afectuoso y fiel.

No hubo una palabra de respuesta.

En diciembre de 1847 JUAN MARIA sufre en Guingamp un ataque de congestión cerebral. Apenas recobrado el conocimiento piensa en su hermano:

Querido Féli:

Antes de ayer ha estado a punto de llevarme un ataque de apoplejía y parálisis. Hoy estoy mejor, pero todavía a corta distancia del umbral de la eternidad. En el que creía iba a ser mi último momento pensé en ti y ahora siento la necesidad de decirte que mi amistad, jamás alterada ni debilitada, es hoy más viva que nunca. Mi corazón rebosa del deseo de vernos un día reunidos en el cielo, como por la fe tan felizmente y durante tanto tiempo estuvimos en la tierra. Te abraza cordialmente, Juan.

Por medio del sobrino Ángel Blaize este mensaje llega a la buhardilla de la calle Tronchet de París donde vive Féli. Esta vez el escritor se conmueve. Todo un pasado que creía muerto aparece ante sus ojos. Tras once años de silencio JUAN recibe la primera carta, una carta medida pero cariñosa, de su hermano.

“Ha sido para mí el mejor remedio, confiesa alborozado”.

Todavía hay un corto cruce de correspondencia, pero enseguida Féli vuelve a olvidarse del anciano de Ploermel.

¹ Sencillo y sentido relato de la muerte de Féli y de la reacción de Juan María, hecho por el H. Juan Ramón Rizo, ex asistente español.



iglesia.

Sigue una lista de seis personas a las que se comunicará su muerte. Entre ellas no está su hermano JUAN MARIA.

Por encargo de Féli, un tal Barbet filtra las visitas. Desde su lecho de enfermo, condenado a no abandonar Ploermel, JUAN MARIA se entera de lo que está ocurriendo en París. Al menos tendrán en cuenta los derechos de la familia, se dice y escribe a Ángel Blaize, hijo de su hermana María:

Te conjuro que salgas inmediatamente para París como representante de la familia junto a tu pobre tío moribundo. Haz lo que mejor sepas en esta cruel circunstancia. No puedo decirte más, sólo me quedan lágrimas y oraciones.

Desgraciadamente, Ángel ya no es lo que JUAN MARIA creía. Él también ha abandonado la Iglesia y se pondrá de parte de los guardianes de Féli. Agustina María, señora de Kertanguy, hija de María La Mennais, es la única a quien se permite atravesar la barrera. Ella nos ha dejado el relato de dos conversaciones que tuvo con su tío moribundo:

El diecinueve de febrero Féli experimenta una mejoría. Se encuentra más sereno y abierto. El mismo aborda la conversación:

Siento que esto se acaba. Hay que resignarse a la voluntad de Dios. Estaré tranquilo cuando descanse junto a Él.

La mujer, tímida por naturaleza, duda ¿ha llegado el momento de plantearle la gran cuestión?:

Sí, tío, que la voluntad de Dios se cumpla, sólo somos felices cuando nos encontramos junto a Él . . . pero tú estás mejor. No digas eso . . .

El enfermo se crispa de repente, parece adivinar por donde viene su sobrina y se encierra en el silencio. Al cabo de un rato Agustina la explica:

JUAN ha querido venir a verte, pero está enfermo y se lo han prohibido. Mejor que haya sido así. Hubiera sufrido al verte tan enfermo. Escríbele que he estado peor.

Ya lo he hecho. Le escribí el jueves pasado para tranquilizarlo.

Has hecho bien.

Ya sabes que Juan sufre mucho al no recibir noticias tuyas. Voy a escribirle diciéndole que he estado contigo.

Harás bien.

Nuevo silencio. De nuevo la mujer insiste:
JUAN está muy apenado, no duerme desde hace varios días, una palabra tuya le haría mucho bien ¿me permites que se la diga?
Sí, dísela.
Le diré, pues, a tío JUAN muchas cosas de tu parte.
sí -responde Féli con una mirada afectuosa.

Cuando JUAN MARIA recibe noticias detalladas de esta conversación decide afrontarlo todo y salir para París, pero los médicos se oponen resueltamente a ello.



El veintisiete de febrero escribe a su sobrino Ángel:

No duermo desde hace tres semanas y las más dolorosas inquietudes me atormentan. Deseo de la forma más vehemente ir a París y no puedo hacerlo. Di de mi parte a mi pobre Féli todo lo que yo le diría si estuviera ahí. Dile, conjúrale en mi nombre que piense en su alma, en la Iglesia a quien tanto ha amado, en su pobre y viejo hermano que lo ama más que nunca y que le suplica llame a su lecho a un sacerdote lleno de corazón, de fe y de caridad, que sea para él como otro hermano.

El día anterior, el doctor Jallat había diagnosticado que el fin de Féli era inminente. Vuelve Agustina a visitarlo, esta vez decidida a jugárselo todo:

Tío, ¿Quieres un sacerdote, verdad que sí lo quieres?

No -respondió el enfermo.

Por favor, tío, te lo suplico.

Y Féli, con voz más fuerte: No, lo que quiero es que me dejen en paz.

La pobre mujer se retiró, desolada, del lecho del moribundo. Poco después volvió:

Tío, ¿no necesitas nada?

Y Féli, respondió de nuevo:

No, sino que me dejen en paz.

Dos días antes, JUAN había recibido una carta de un sacerdote de París:

Venga querido padre, aunque tenga que morir en el camino. Vd. sólo puede arrojar del templo a esos indignos profanadores que rodean a su hermano. Vd. sólo puede llevarlo a Dios. Vd. sólo puede hacerlo.

Cuando JUAN la lee ya nadie lo puede detener. Efectivamente, irá a París, aunque tenga que morir en el camino. El veintiocho de febrero llega a Rennes y ordena que le reserven plaza para la diligencia del día siguiente. Mientras espera, envía un documento al diputado Duolos para que lo firme. Este acaba de leer la prensa de París y comunica a JUAN la noticia: Su hermano ha fallecido el día anterior, el lunes veintisiete de febrero de 1854.

Dicen que, en los últimos momentos, cuando le anunciaron la visita del arzobispo de París, monseñor Quélen, Féli quiso decir algo y, al no poder hablar, se volvió hacia la pared con un movimiento de desaliento y de impaciencia. Dicen que una gruesa lágrima corrió entonces por las mejillas del moribundo. Los amigos de Féli prefirieron siempre

pensar que esa lágrima fue el mudo lenguaje de un corazón vencido en última instancia por el Amor. (Laveille)

Uno se pone a pensar lo que hubiera podido ser Féli de La Mennais, lo que hubiera podido hacer si hubiera sido más humilde de corazón, si verdaderamente hubiera tenido el sentido de la Iglesia y si junto a él, también hay que decirlo, hubiera habido hombres capaces de comprenderlo, capaces de llevarlo con la mano en el corazón. ¿Un Santo Domingo del siglo XIX? Quizás.

De todas formas, no se puede olvidar sin injusticia el papel que él representó, papel de fermento y de vanguardia sacrificada. El preparó los caminos para una organización de los católicos al margen de los partidos políticos, fórmula que nuestro tiempo ha consagrado.

Él trabajó más que ningún otro en la derrota del galicanismo, en la expansión de las ideas que 16 años después de su muerte triunfarían en el Concilio Vaticano I.

Él restableció entre el cristianismo y el pueblo un clima de confianza radicalmente opuesto al que se había manifestado en 1830. ¿Acaso sus discípulos, a los que ni una sola vez quiso arrastrar consigo al cisma, no le deben en gran parte lo que, separados de él, los hizo eficaces?

Al domingo siguiente de la muerte de Féli, el Padre Gatry, predicando en el Oratorio dijo estas palabras:

¿Debemos desesperar de la salvación de esta pobre alma? Yo no lo creo. Para que este ejemplo sirva de enseñanza, Dios ha permitido un fin despojado, al parecer, de toda esperanza. Pero esa alma ha contribuido a despertar el sentimiento religioso de nuestro país. ¿No podemos pensar que habrá habido un retorno oculto a nuestras miradas y que Féli habrá obtenido misericordia? (Daniel Rops, en la Iglesia de las revoluciones)

El 18 de junio de 1854, JUAN MARIA se traslada a La Chesnaie, acompañado de varios amigos. En el mismo altar en que Féli había celebrado su última Misa, ofrece él la de difuntos.

Luego se llega a la terraza del jardín y mira fijamente a una ventana, la ventana de la habitación de Féli. ¡Féli, Féli! es su grito desgarrado y luego cae desmayado en brazos de sus acompañantes.

Cuando recobra el conocimiento recorrerá como un autómeta la casa donde dos hermanos sacerdotes tantas veces habían pensado juntos en la Iglesia y tantos proyectos habían forjado para mejor servirla.

